

NACIONALIDAD Y LITERATURA

Por Héctor Incháustegui Cabral

Todavía resuenan por los campos de la literatura —libros más o menos de ocasión sobre los cuales va cayendo el polvo fino de un olvido compasivo, recuerdos de una tarde junto a un velador de café, polémicas en periódicos que el discurrir sensible de los días amarillea— los últimos ecos de una discusión que va pasando de moda, pero que no ha sido herida de muerte, aunque sus muecas quieran probarnos que está ya en las últimas. Esta discusión, tan larga como sin frutos dignos, se suscitó por un choque lógico entre el espíritu nacionalizante, hizo en América de pueblos que estrenaban una independencia y muchas libertades relativas, y fuerzas que se llamaron a sí mismas universalistas, creadas por el genio y las buenas intenciones de hombres como Goethe.

Esta discusión, que no llevó a ninguna parte a fin de cuentas, por estar sujeta a una suerte de ley cíclica que tiraniza a las modas para decir muy poco de la imaginación del hombre que quiere repetirse con las estaciones como los árboles, de tarde en tarde amenaza con hacer, con el pretexto más fútil, nueva y disociadora aparición.

Corresponde al hombre de letras, como al pobre hombre cuando la cosecha es mala, apretarse bien el cinturón y prepararse a resistir sus furiosos embates, porque creemos que ha sonado la hora de evitar inútil gasto de los materiales con que opera y operará siempre: las palabras. Y ahora que cumplimos un siglo de vida independiente, justo es que pasemos un balance, que echemos cuentas tomando como cifras finales el carácter que tiene hoy, en general, la producción literaria del país.

Con lo que vamos a decir no queremos, ni por pienso, mover los resortes que imprimen movimiento a las teorías literarias. No queremos —dicho sea— porque no podemos. Es cierto que hay en

* Reproducido de Cuadernos Dominicanos de Cultura, No. 6 — Febrero de 1944.

esto una mecánica de reiteración, pero muy lejos de nuestras manos andan sus palancas. Adelantamos, eso sí, alusiones a movimientos flamantes, pero que no se busque en ellas enemigas porque bien sabemos que una gran literatura sólo alcanza tamaño cuando nace en un medio en que las comparaciones son posibles, y toda producción menor si no tiene importancia verdad sirve, cuando menos, de punto de comparación, de indispensable referencia. Es más, y esto es lo que nos anima para querer bien a las mayores y a las menores, toda gran obra de arte para salir a luz necesita de las de menos valía, que son, hasta cierto punto, algo así como adelantados suyos y también sus mejores escuderos.

No se crea, tampoco, que esto que hacemos es experiencia de Mesmer con las ranas muertas de las letras. Dios nos libre de faltar el respeto que bien ganado se tienen los muertos, por el solo hecho de estar bien muertos.

Sexo y Literatura

Novoa Santos señaló en el evidente desamor que se produjo en ciertos pueblos americanos hacia España y hacia lo español —sentimiento transitorio, dicho sea en honor a la verdad— una razón de tipo sexual, biológico para mejor decir: los pueblos tienen, en el período de formación, una edad femenina, de pura receptividad. Esta edad, algo así como una adolescencia y por consiguiente tiempo de insensatez, es seguida por otra en que hacen su aparición caracteres masculinos. Entonces se repele cuanto desde fuera intente introducirse en un organismo que ya se siente potente. Es —dice— la hembra ya cubierta que huye del macho que la ha fecundado.

De esa actitud, antipática hasta más no poder, pero perfectamente comprensible, aunque es en muchísimos aspectos negativa como todo lo es anti por el prurito de serlo, parten las literaturas americanas, porque el hombre de este lado del Atlántico no le bastó con menospreciar y declarar extraño cuanto de Europa venía, sino que, para justificarse, hurgó en su propia entraña en pos de una temática propia, de un nativo filón que explotar el cual, luego, para suerte de todos, aprovechó como Dios manda.

No cabe la menor duda de que los ingenios, de mayor o menor importancia, que con los conquistadores, primero, y más luego con colonizadores o con simples usufructuarios de los bienes de aquellos y éstos, vinieron a América, produjeron aquí obras de valor, pero estas, por atracción centrífuga volvían a su punto de partida, con

unas cuantas materias extrañas es verdad, pero muy fácilmente localizables e incapaces por sí mismas de declararse todo lo independientes que era necesario para llamarse americanas. Estos lunares, porque lo eran, son útiles hoy al filólogo y a los hombres de ciencia que persiguen por aquella masa de papeles viejos las corrientes subterráneas que van a salir más luego en *Martín Fierro* o en *La Vorágine*. Lo geográfico, en aquella primera edad de nuestra literatura, puede servir, a lo sumo, para ubicar, localizar, pero nada más.

Los primeros esfuerzos, —porque los hubo y muy conscientes algunos— eran como los del niño que da guerra continua a sus padres: puro ejercicio. Lo que vino después, vida de adultez, capacidad para sustituir y de construir, son cosas que les están vedadas a los años locos.

Papel del "Enriquillo" de Galván

Aquí —loado sean los dioses tutelares de nuestras letras— Galván escribe el *Enriquillo* sin tener cuenta con las excelencias que la obra tiene por la forma en que está escrita, que es menudo mérito, debemos hallar en la obra una correspondencia exacta entre ella y el personaje central: afán de que se nos considere no como simples figuras de un paisaje sino como dueños de él, facultados para una vida tan digna como la de los hombres llegados de otras tierras y otros continentes.

Con *Enriquillo* la literatura dominicana hace su entrada primera al gran escenario de las letras hispanas. Antes se le había negado a los que, olvidando, o no sabiendo lo que traían entre manos, repetían, a lo mejor para deslucir, los viejos temas castellanos. Al fin y a la postre queríamos engañar a un mundo maduro y suspicaz con un refrito casi siempre indigesto.

El buen éxito de la obra de Galván se debe, antes que todo, al hecho de haber ofrecido un material que en otra parte no se hubiera podido hallar igual: era nuestro, y lo nuestro, por ley de impenetrabilidad literaria, no puede ser de otro. Era la primera gran prueba de que en literatura hay sólo una forma de perder el tiempo miserablemente: imitando a los demás. Galván, hombre de extraordinario talento, dio en el clavo.

Más luego hubo otro esfuerzo no menos importante, pero que no tuvo la fortuna del que hizo posible el *Enriquillo*: el de José Joaquín

Pérez. Buscamos, por un camino que ahora nos puede parecer equivocado, nuestra expresión. El ensayo, y fue magnífico, está ahí para dar muchas enseñanzas.

A Deligne —y estamos señalando nada más que lo cimero— corresponde haber llevado a nuestros temas peculiares, hasta donde eso es posible de nuestra tierra. En su obra podremos encontrar intentos de extraordinaria calidad para lograr la independencia que es indispensable para que una obra literaria reciba el gran espaldarazo consagrador.

El buen éxito de Galván, y el que en su época obtuvieron José Joaquín Pérez y Gastón Deligne nos demuestran una verdad que anda rondando por ahí desde que el mundo de las letras es mundo digno de ser tomado en consideración: sólo hay una manera de hacer literatura perdurable, a través de los caracteres propios de una nacionalidad o de un grupo de hombres perfectamente diferenciados del resto, aunque en sí no formen lo que es una nacionalidad de acuerdo con el rigor jurídico. El caso de Cervantes, el de Balzac y el de Dostoiewsky por sí bastan para dar la razón a todos los que están de este lado de la disputa. Son universales pero gracias a las esencias nacionales que en cada uno hay. Don Quijote, los personajes de la Comedia Humana o el pobre Raskolnikoff, están perfectamente enclavados en sus respectivas nacionalidades, pero de ahí, y por derecho propio, pasan a ser figuras universales.

Si arte es ante todo vivencia, esto es, transformación de cuanto el hombre recibe de la vida, del ambiente que lo rodea, no hay nada más que aducir.

Descrédito de la importación

Los segundones de la literatura han perdido su tiempo porque casi todos —eso los caracteriza— han malbaratado lo mejor de su vida importando el género que trabajan, corriendo desalados tras la última novedad parisina o la penúltima madrileña, amparándose en la sombra de los artificios, de las recetas, de la mecánica en una palabra.

Pero —esta es la desgracia de la buena literatura— el gran público ha mantenido siempre una actitud fría, un tanto de desprecio y de burla, frente a las grandes obras. Ahogado entre los folletones, antes, y ahora sin poder respirar entre el periódico y el cinematógrafo, no puede dedicar ni una sonrisa a las obras capitales de la literatura. Se produce, por ejemplo, una novela del tipo de *El Volga desemboca en*

el Mar Caspio de Pilniak o alguna de las obras de André Gide, y no se entera de que precisamente la grandeza de una y de las otras tienen su génesis en que tanto el ruso como el francés han sabido seguir las líneas de una tradición literaria y respetar, sobre todo respetar, el carácter de los hombres que manejan, dejándolos en su mundo, con sus preocupaciones y modos de ser específicos, si podríamos llamarlos así.

El caso dominicano

La literatura dominicana, que ya merece que así se le designe, anda a rastras hasta que nuestros escritores descubren lo que Galván sabía, lo que José Joaquín Pérez y Gastón Deligne vieron claramente. Para que se le aprecie, dentro y fuera de nuestros límites geográficos, tiene que ofrecer, como árbol que no ha sufrido injertos contra-productores, *sus* frutos.

Hoy con el ensayo, la novela, el cuento y las formas poéticas, hemos llegado a ahondar en nuestras propias entrañas y sacar a flor de obra, lo que nos ha hecho interesantes a los ojos de los demás. Ha sido necesario que mucha gente se quedara en el camino intoxicada de extranjerismo, equivocado el rumbo, porque creyó que hacía algo más que calcar, falsificar o enmascarar los patrones que de fuera le llegaban.

Antes no podíamos interesar. Ofrecíamos, en la noble bandeja española, un manjar más o menos español o más o menos francés, guisado, es verdad, en nuestra cocina, pero cuyos ingredientes habían sufrido el estrago del tiempo, y como en rigor desconocíamos, no las recetas sino los elementos mismos que se manejaban, aquello era todo menos bueno. Queríamos competir, en una desigualdad de condiciones terribles, con una literatura que operaba con elementos muy suyos. Hasta que no le dimos la espalda a esa vana pretensión, todo fue inútil.

A las alturas en que nos hallamos, conocedores de la importancia que tienen y que se les da a obras como las ya señaladas, o a *Over* de Marrero —cosa que hemos podido comprobar fuera— *La Sangre* de Cesteros, y en fin toda la producción de los últimos años, incluyendo la poesía, negar aquí desde nuestro humilde puesto en el mundo esta verdad es querer tapar el sol con el dedo de la falta de cordura.

Poesía social y nacionalidad

Puede parecer, así de pronto, que el caso del auge de la poesía

social viene a demostrar todo lo contrario de lo que intentamos establecer, pero no hay tal. Si no tomamos todas las precauciones que el examen merece interpretaremos la importancia que se le viene dando a su cultivo como prueba, y nada más, de la influencia que las preocupaciones que los románticos pusieron de moda y que más luego se transformaron en ideas políticas hasta culminar en el hallazgo del sentido que tiene el materialismo histórico y de la función de la economía en el desenvolvimiento de las sociedades de los hombres. Esto no es así aunque justo es reconocer que se debe a esa corriente que arranca en los románticos, desde luego, el tono que la poesía social tiene, pero no hay que olvidar, y esto es para nosotros lo que más vale, que ella ha venido a ofrecer una nueva y buena oportunidad a elementos artísticos de tipo nacional que fueron despreciados, y que si la anima un afán de mejoramiento, en última instancia, en favor del hombre y de sus mejores derechos, da el salto siempre del trampolín de lo nacional, aprovechando la situación peculiar del hombre, de su formación, del grado de progreso de las fuerzas que unidas hacen un pueblo, de una mayor o menor desigualdad de la distribución de la riqueza, de la población, y en fin de cuantos materiales otra vez sumados tienen que formar una nacionalidad. Las soluciones políticas de tipo ecuménico, o por lo menos unas cuantas, circulan fuertes por ahí. Pero la historia, y hasta lo que no es historia porque es de ayer, nos ha probado que estas soluciones tienen que condicionarse por los caracteres del pueblo o del grupo determinado de hombres a que se quiera aplicar.

Cabe, pues, una literatura social de tipo nacional, como hay una medicina empeñada en servir de salvaguardia, amparo y bálsamo para los hombres de una región determinada de la tierra, aunque los principios generales de la ciencia sean aquí y allá los mismos.